

## Louis Massignon, *Palabra dada*, Trotta, Madrid, 2005

Pocos hombres de vida tan ejemplar para cualquier decisión ética, política, religiosa e incluso científica, aquí y ahora, como la de Louis Massignon (1883-1962). El gran islamólogo del siglo XX, protegido de Pablo VI, discípulo directo de Gandhi en la resistencia no violenta a la maquinaria de muerte del colonialismo, fue ante todo un católico que entendía el estudio y conocimiento riguroso del Islam como expresión de su servicio cristiano. La experiencia religiosa fundamental es para Massignon la hospitalidad ofrecida a los extranjeros en peligro. Y de ahí que optara por dedicar su vida a defender la acogida de los inmigrantes provenientes de los países empobrecidos. Entre los huéspedes más necesitados, Massignon creyó que debía entregarse de manera especial a los musulmanes. Y así lo hizo. Como su maestro e inspirador espiritual, Charles de Foucauld, que pasó media vida en el desierto con los bereberes, Massignon removió cielo y tierra para lograr el encuentro pacífico entre cristianos y musulmanes.

La ciencia como síntesis de la investigación histórica, la arqueología, la geografía, la filología y la filosofía, que Massignon enseñó y practicó en distintas universidades de Francia y el mundo árabe, queda en sus manos transfigurada en una *ciencia de la compasión*. To-

do el conocimiento que generaban el cultivo de esas disciplinas se convertía en una forma de acogida, de salvaguarda del otro, en la que fe y ciencia dejan de contradecirse para armonizar a la altura de la compasión.

Más allá del débil Derecho Internacional y de «esta ONU de funcionarios colonialistas», para Massignon, el Derecho Humano supremo consiste en considerar al huésped sagrado. La proclamación del Derecho de Asilo como ley de leyes, su defensa e invocación en las situaciones de opresión y exilio forzoso son el modo en que Massignon pone en práctica su credo. La práctica compone la mejor predicación. Como afirma en su oración a Juana de Arco (agosto de 1956) en la que denuncia la perversidad colonial de Francia en Argelia: «Bien sabes tú que amar a la patria no consiste en hacerse los juguetes complacientes de quienes compran y revenden al huésped: él es sagrado». El testimonio de Massignon muestra cómo la formulación kantiana de una «Hospitalidad universal» según el «derecho cosmopolita» (*Weltbürgerrecht*) no es sólo un horizonte utópico, sino el programa de fondo de una acción ética y política posibles.

La obra ingente de Massignon, a pesar de ser más necesaria que muchas otras en este momento, apenas se ha

traducido al castellano. Recientemente han aparecido *Ciencia de la compasión. Escritos sobre el Islam, el lenguaje místico y la fe abrahámica* (Trotta, 1999), *La pasión de Hallaj* (Paidós, 1999) y *Palabra dada* (Trotta, 2005), a la que aquí nos referimos. Su entrada integral en nuestro idioma debería ser considerada una exigencia cultural prioritaria.

La vida de Massignon es una fuente inagotable de asombro. Nacido en Francia, atraído desde muy pronto por las exploraciones de África, participa ya en 1908 en una expedición arqueológica sobre la antigua Mesopotamia. Allí es apresado por la policía turca, acusado de espionaje y encarcelado. Durante el encierro, la desesperación lo lleva al borde del suicidio, del que es salvado, desde una íntima distancia, por la irrupción de un extraordinario renacimiento y recibimiento interiores que lo sobrepasan, como relata en «La visitación del Extranjero. Respuesta a un cuestionario sobre Dios», incluido en *Palabra dada*: «Una ruptura interna de nuestras costumbres, una conminatoria turbación cordial, punto de partida de un nuevo orden de nuestros comportamientos». La conversión al cristianismo significó el descubrimiento de su condición de anfitrión ante la visita salvadora del Extranjero, la acogida incondicional. Gracias a la intercesión de unos fieles amigos musulmanes, su regreso a Francia se convirtió en la continuación de esa experiencia de saberse en manos de otros que le guardan y protegen.

Desde entonces, la ciencia a la vez árabe y cartesiana de Massignon se entregará a la causa de la bienvenida uni-

versal al deportado, en concreto a los musulmanes árabes rechazados por el llamado «primer mundo». Y no sólo su erudición o trabajo intelectual, sino la persona entera, sin miedo a exponerse a cualquier peligro que conlleve sostener el honor de la intercesión hospitalaria. Así, en 1917, junto con Lawrence de Arabia, tendrá el valor de denunciar la traición de Francia y Gran Bretaña a los árabes, la traición a la palabra dada.

La intervención política directa, más allá de lo que hoy profesionalmente se entiende por esperar en el banco del partido a «pisar moqueta», le llevó a clamar en defensa de los derechos de refugiados y expatriados palestinos ante la creación del Estado de Israel. Desde 1929 no cesó de impartir clases gratuitas a obreros y presidiarios norteafricanos en Francia e involucrar en ello a sus colegas universitarios. La organización de manifestaciones y ayunos por la paz, de marchas que exigían justicia para palestinos, argelinos y malgaches, le ocasionó más de una vez encierros policiales. El «manto de fuego de Abraham» debía proteger la verdad nuclear de las tres religiones monoteístas: la condición sagrada del huésped. Pues en el propio Abraham se cruzan la condición de extranjero y la fidelidad a la promesa.

Pero quizá el gesto místico-político paradigmático del sabio Massignon fue la creación de la *Badaliya*, hacia 1934, en el Cairo. *Badaliya*, que en árabe significa «sustitución», fue una plataforma dedicada a promover la solidaridad entre musulmanes y cristianos, especialmente a través de la valoración del lugar

que ocupan Jesús y María en el Corán. Claves de una proximidad en la diferencia que de nuevo viene guiada por la práctica sagrada de la acogida cotidiana, ejemplar en el Islam, como queda condensado en el dicho: «primero el vecino y luego tu casa». Lo cual no impedía a Massignon adoptar una postura sumamente crítica respecto a la discriminación de la mujer:

En la *Badaliya* estaban prohibidas las formas de lo que normalmente entendemos por proselitismo. La influencia de esta institución se ejercía por el testimonio de la pura donación sin deuda, por el rigor de las responsabilidades que asumiera ante los necesitados del credo ajeno. Responsabilidad incondicional que llegaba al punto de ponerse en lugar del otro en peligro, de ahí el nombre de «sustitución».

La *Badaliya* tuvo presencia no sólo en varias ciudades del Norte de África, sino también en Europa y Estados Unidos. Pero sobre todo su influjo es indeleble en la «primavera eclesial» del Concilio Vaticano II. Según Jesús Sanz, traductor y prologista de *Palabra dada*, la *Lumen gentium* y en general la mirada católica conciliar sobre el Islam y otras religiones, contiene la huella de la comprensión universalista, es decir, paulina, de Massignon: «Si a lo largo de los siglos se han manifestado numerosas disensiones y enemistades entre los cristianos y los musulmanes, el concilio les exhorta a todos a olvidar el pasado y a esforzarse sinceramente en la comprensión mutua, así como a proteger y a promover juntos, y para todos los hombres, la justicia social, los valores

morales, la paz y la justicia» (nº 16 de la *Lumen gentium*). En la construcción de la casa común de cristianos y musulmanes Massignon no se pretendía solo ni original. Su misión se inscribe en la tradición de Ramón Llull o san Francisco de Asís, que defendieron un encuentro fraterno con el Islam, a contracorriente de las cruzadas y de cualquier expansión violenta de la religión. E igualmente se hace continuador de las voces proféticas del catolicismo francés, como fueron las de Huysmans, Léon Bloy, Charles Péguy o E. Mounier.

*Palabra dada* entrega buena cuenta de la maravilla que acontece en su escritura, confesadamente transida de huellas y ritmos semíticos, de una belleza pocas veces igualada en lengua francesa. Destaquemos, en la primera sección, la biografía de Charles de Foucauld, que inspiró a Massignon a través de experiencias de oración compartidas en la iglesia parisina del *Sacré Coeur*, su apología, en el mejor sentido de la palabra, de Gandhi, y la verdad de la resistencia pacífica como único modo de acabar con la victoria de la violencia y su reproducción como venganza.

En la cuarta y quinta partes, bajo el recuerdo de Abraham, antepasado común de los tres monoteísmos, descubrimos los caminos que hermanan a cristianos y musulmanes, caminos que en el Corán conducen a María y Jesús. Y sin duda hay que llamar la atención sobre el acontecimiento de escritura ya citado de *Palabra dada*: «La visita del Extranjero» o el estudio histórico-sinfónico final, «Las nubes de Magallanes», textos en los que, en sor-

pendente proximidad con el acontecimiento que Emmanuel Lévinas trató de traducir al lenguaje filosófico, se nombra la huella del infinito en el rostro del extranjero.

Igualmente distante de considerar el Islam, según hace la ideología del progreso, una religión «primitiva», como de aceptar sin crítica todos sus elemen-

tos y valores, Massignon, fiel al trabajo en favor de una «Última cena universal», señala el camino abrahámico hacia la casa compartida de las religiones, más allá de la tolerancia y el diálogo asépticos: la práctica de la intercesión.

**Daniel Barreto González**